

CON WALKER EN NICARAGUA

ERNESTO CARDENAL
POETA
NICARAGUENSE

En una cabaña solitaria en la frontera,
yo, Clinton Rollins, sin pretensión literaria,
me entretengo en escribir mis memorias.
Y mis pensamientos de viejo retroceden:

Las cosas que hace cincuenta años sucedieron. . .

Hispanoamericanos que he conocido

— los que he aprendido a querer. . .

Y aquél olor tibio, dulzón, verde, de Centro América.

Las casas blancas con tejas rojas y con grandes aleros

llenas de sol,

y un patio tropical con una fuente y una mujer junto a la fuente.

Y el calor que hacía crecer más nuestras barbas.

¡Las escenas que hoy vuelven a mi memoria!

Una ola gris que viene borrando los montes

y un sordo rumor de inundación recorriendo la selva

y los aullidos de los monos en la margen opuesta

y después las gotas de gruesos metálicos golpes en los techos de
zinc

y corren a quitar la ropa en las barandas de las haciendas

y después la ola gris y el sordo rumor alejándose

y otra vez el silencio. . .

Y cómo olía a maleza y el río se coloreaba de clorofila,

y el vaporecito se divisaba allá, tranquilo,

anclado a la sombra de la selva.

Y el repentino planazo de la iguana en el agua,

el estruendo de los troncos cayendo.

el disparo distante de un rifle,

una palabra en español que gritan lejos,

la risa de las negras lavando la ropa

y un canto caribe.

Mis compañeros en aquella expedición con William Walker:

Aquiles Kewen, el aristócrata, que cayó peleando en Rivas;

Chris Lily, el boxeador,

degollado borracho una noche junto a una brillante laguna;

William Stocker (Bill), con su cara de pirata—y buen muchacho—

que se casó allá después y vivía junto al lago de Managua

(y yo comí una vez en su casa);

y Crocker, el afeminado,

que murió jadeante en Rivas,

con su sucia barba rubia pesada de sangre,

y un brazo colgándole y en el otro a medio descargar el revólver;

Skelter, el petulante, que murió del cólera;

y Dixie, vendedor de periódicos, —el corneta—

que mejor que las gaitas escosesas en Lucknow,

la noche que el coronel Jack rompió las líneas,

tocó esa corneta.

De Brissot, Dolan, Henry, Bob Gray;
el bandido, el desilucionado, el vago, el buscador de tesoros;
los que quedaron colgados de los árboles y meciéndose
bajo los hediondos cóndores negros y la luna
o tendidos en los llanos con un coyote-solo y la luna,
el rifle junto a ellos;
o en las calientes calles empedradas llenas de gritos,
o blancos como conchas en la costa
donde las mareas los están siempre cubriendo y descubriendo.
Los que pasaron todos esos peligros y aún viven todavía.
Los que se quedaron para casarse allá después
y vivir en paz en esa tierra
y estarán esta tarde sentados recordando,
(pensando escribir tal vez un día sus memorias)
y su esposa que es de esa tierra, y los nietos jugando. . .
Los que desertaron con Turley, adentro, hacia las minas de oro
y fueron rodeados por nativos y perecieron.
El hombre que cayó dormido al agua desde un barco
—soñando tal vez con batallas—
y nadie oyó sus gritos en la oscuridad
si es que gritó.
Los que fueron fusilados por Walker contra una iglesia gris.
Y después, el propio Walker, fusilado. . .

Honrsby había estado en Nicaragua
y hablaba de sus lagos azules entre montes azules bajo el cielo azul,
y que era la ruta del Tránsito y la gran vía,
el muelle de América.
y que se llenaría de barcos mercantes y de extranjeros
hablando todas las lenguas, esperando el Canal;
y cada barco trayendo nuevos aventureros;
y las verdes plantaciones con sus grandes casas blancas con terrazas;
y la esposa del plantador instruyendo a los hijos de los negros;
y los campos con aserrios y avenidas de palmeras y rumores de ingenios
y los caminos llenos de diligencias azules
y las tuacas bajando los ríos.

Vi por primera vez a Walker en San Francisco:
recuerdo como si lo viera su rostro rubio como el de un tigre;
sus ojos grises, sin pupilas, fijos como los de un ciego,
pero que se dilataban y se encendían como pólvora en los combates,
y su piel de pecas borrosas, su palidez, sus modales de clérigo,
su voz, descolorida como sus ojos, fría y afilada,
en una boca sin labios.
Y la voz de una mujer no era más suave que la suya:
la de los serenos anuncios de las sentencias de muerte. . .
La que arrastró a tantos a la boca de la muerte en los combates.
Nunca bebía ni fumaba y no llevaba uniforme.
Ninguno fue su amigo.
Y no recuerdo haberlo visto jamás sonreír.

Zarpamos de San Francisco el 55.

Aquiles Kewen y Bill y Crocker, Honrsby y los demás:

—a bordo de un buque filibustero!

Hubo tormentas en Tehuantepec, y por las noches
volcanes intermitentes en la costa como faros.

En el Golfo de Fonseca, tras las islas azules,
viejos volcanes ruinosos como pirámides,
parecían mirarnos:

¡La tierra donde pasábamos tantas aventuras.
donde tantos de nosotros morirían de peste o peleando!
Y la selva con un silbido llamando, llamando,
con sus gruesas hojas carnosas, rotas, chorreando agua;
y como un constante quejido. . .

Y nadie nos había hecho daño, y traíamos la guerra.

Cuando vimós por primera vez el lago de Nicaragua
al llegar la vanguardia a una vuelta del camino,
hicimos alto, con una sola exclamación:

—Ometepe!

El liso lago azul y la Isla
con sus dos volcanes gemelos como pechos
unidos al nivel del agua por sus bases,
que parecía que se hundían en el agua,
y el humo humilde de sus aldeas levantándose.
Y por la transparencia del aire

parecían cerca.

Y abajo la arena vidriosa, y a lo lejos
las torres de la iglesia de Rivas.

Y Rivas después y los primeros disparos,
Walker delante a caballo como una bandera,
y era mediodía y nos pesaba la ropa con el sol.
Y Kewen y Crocker fueron heridos.
¡Fuego! gritó Kewen
y corrimos por la calle gris amurallada,
Crocker con el revólver plateado gritando.
Rivas quedó llena de gritos y de sangre y de incendios bajo el sol
y volvimos al puerto azul entre colinas
con sus curvos cocos amarillos cabeceándose
y la pequeña embarcación costarricense en la bahía.
Hubo grandes vientos esa noche
con la luna veloz entre nubes plateadas y negras.
—Y de Brissot en su camilla rencoroso con Walker..

Y en León las noches eran frescas
con guitarras distantes bajo balcones de hierro
y el viento mecía los faroles dorados frente a las casas.
Y al acercarse a la ciudad
se oía a lo lejos los centinelas paseándose
y un “alerta” sucesivo corriendo de calle en calle.
Las voces de las gentes nos parecían extrañas
y sus palabras terminaban con languidez como en un canto.
Y el grito del centinela era tan musical como el de un pájaro en
la tarde.

Como en las aldeas chorreadas de nieve de los Estados Unidos
se oyen las voces de los centinelas en la tarde
alegres, largas y claras.

Y el grito de “alerta” resonaba de nuevo.

Las muchachas de Nicaragua

llevaban rosarios colgados con cruces de oro
y sartas de perlas en la frente y trenzas negras.
Y nos enamoramos de las mujeres de esa tierra.

Un día nos embarcamos en La Virgen, hacia Granada,
frente a los dos volcanes callados como dos guardas azules.
El lago estaba inmóvil
y ya las garzas volaban por todas partes sobre el lago
como grandes flores blancas, hacia las islas donde duermen,
y las bandadas de patos chillones iban en busca de refugio.
Apagamos en la noche el motor tembloroso frente a Granada,
y sólo se oían las olas contra el barco.
Cubrimos con lona nuestras luces,
echamos el ancla con sigilo,
atamos un cable a un árbol de la costa,
y bajando los botes, desembarcamos.
Avanzamos invisibles en la oscuridad con nuestros uniformes negros

—la oscuridad llena de luciérnagas y grillos—
oyendo cada leve rumor como un gran ruido.
Y cuando sonó la alarma en las espesas torres ya fue tarde,
y el cable se alzó de pronto de las aguas alumbrando
las extrañas calles, serias y vacías
de la ciudad tomada;
con los filibusteros de uniforme negro en las esquinas
y la bandera de la Estrella Roja en San Francisco.

Y después hubo paz.
Walker habló de paz y Conciliación Nacional
y juró de rodillas la Constitución con Corral en la iglesia.

Granada despertaba cada mañana con campanas
y pregones de vendedoras en las calles:

*Tengo naranjas, papayas, jocotes
melones de agua de oro, zapotes
¿quieren comprar?*

y vendedores de agua con sus pipas gritando:
¡Aaaagua, aaaaagua, aaaaagua!

Todo el día refrescaba las calles ese grito de agua
y habían ventas de refrescos de colores en las calles
—unas ventas que allá llaman caramancheles—
y procesiones de muchachas venían del lago con sus cántaros
y en el lago las lavanderas semidesnudas lavaban cantando,
y los hombres dando de beber o bañando a sus caballos.
Y se oía cantar la SALVE REGINA por las tardes
y el aire era entonces tan puro que se oían
todas las conversaciones de las gentes en sus puertas
y las serenatas claras desde lejos;
y de noche cantaban en el patio las húmedas ranas,
o la voz de una joven tras las tapias,
y nos acostábamos oyendo el chorrear de las tejas de barro en el húme-
do patio
y se nos iban confundiendo las ideas
y las largas hileras de faroles se extinguían poco a poco,
hasta otro día con campanas otra vez y los gritos de agua.

Walker de buen humor daba largas cabalgatas por las calles.
—Pero Corral cabizbajo no salía de su casa. . .
Y aquel día en que fue preso (juzgado por el Consejo de Guerra,
y el reo encomendado a la clemencia de Walker,
y Walker: que el reo sería fusilado a las doce del día)
vinieron señoras, con la madre, y las tres hijas llorando,
las dos menores abrazadas a las rodillas de Walker;
y él: en medio de sus oficiales y rodeado de la guardia cubana.
Y los filibusteros afuera oíamos en silencio
Y aquel hombre que había tenido una novia en Nashville,
Helen Martin, sordomuda,

que murió de fiebre amarilla,
—por la cual aprendió el lenguaje de manos
y trazaban entre ellos signos silenciosos en el aire—,
como si una compasión fugaz como el vuelo de un párpado
hubiera cruzado entonces sus incoloros ojos de hielo,
dijo levantando la mano:

—que Corral no sería fusilado
a las doce del día... sino a las dos de la tarde.
Y afuera nosotros, los filibusteros,
estábamos pendientes.

Y vimos la plaza ensombrecerse bajo una nube,
las palmeras quietas, la Catedral, la gran cruz de piedra,
y al fin de la Calzada, como un muro, el lago plomo.

“Good, how generous!”
riendo a carcajadas;

y hubo que empujarlo para que él no lo oyera.
Corral fue fusilado a las dos de la tarde.

Geelman dio la orden:

Walker a cierta distancia, a caballo, sin tomar parte.
Y hubo luto en muchas casas. Oímos esos llantos.
Y después hubo una gran calma, como antes de una tempestad.
Walker se proclamó Presidente
Y decretó la esclavitud y la confiscación de bienes.
Y enemigos que no veíamos alrededor de lagunas se juntaban.

La peste hizo su entrada con tambores fúnebres ese invierno.

Todo estaba tranquilo un día,
cuando empezaron a oírse las primeras descargas acercándose
y los gritos de vivas en las afueras,
y el ruido de las armas y las balas de los rifles
cada vez más cerca,
y el enemigo dirigiéndose con rapidez en dirección a la plaza.
—A mí me habían dejado en Granada y puedo contarlo.
Los hombres desarmados en sus casas y matados delante de sus
familias;
y un niño asesinado mientras estaba comiendo.
Cortada la comunicación con el muelle.
—Sitiados.

Las patrullas abajo golpeando las puertas.
Y del enemigo llegaban risas y guitarras con fogatas por la noche
Y al amanecer, había mujeres enlutadas en las calles.
Y entonces vino aquel inglés C. F. Henningsen,
que había peleado contra el Zar y en España y por la independencia
de Hungría.
¡Y si hubiéramos podido entonces embarcarnos
y dejar la desolada Granada

—EL CASTILLO BLANCO, como nosotros le decíamos—
con sus calles ensangrentadas y sus pozos hediondos llenos de
muertos,
y las muecas de los muertos a la luz de los incendios en las calles!
Nos defendíamos de las balas tras montones de muertos.
El día era caliente, y el aire lleno del humo de los incendios.
Y hora tras hora sin dejar de mirarlos,
sin dejar de mirar a los enemigos,
hasta que por fin vino la noche
y se callaron los rifles.
Henningsen hizo trincheras esa noche
Y al día siguiente
el sol iba saliendo del lago como una isla de oro
y los disparos y el silbido de las balas y las quejas
nos anunciaron que un día más de horror había llegado.
Y habíamos venido a una tierra extraña en busca de oro
y allí estaba el humo por todas partes
y las calles llenas de mercancías y de muertos.
Sólo se oyeron disparos a distancia el resto del día
y los lamentos de los atacados por el cólera,
y la voz serena de Henningsen animando.
En los balcones en los que antes se sentaran las muchachas
con sus ayas,
ahora asomaban con sus largos rifles,
los rifleros,
y en vez de polkas y valeses, los disparos .
Al otro día
las últimas casas de la plaza fueron quemadas.
La ciudad con las descargas y el humo y la pólvora parecía de lejos
como en un día de fiesta!

La estación de las lluvias había cesado
y la fiebre se propagaba como un incendio.
Nos echaban de noche los muertos del cólera en el agua
y se oían los gritos de los enfermos que deliraban pidiendo agua
—¡Agua, agua!

Arrojábamos los cadáveres a los incendios
y el humo acre que despedían nos enrojecía los ojos
y ese humo
y el polvo
y el sol sobre el empedrado y las llamas de las casas y la pólvora
secaban más nuestras bocas
y los soldados dejaban de pelear para toser
y eran heridos mientras tosían
y caían por tierra todavía tosiendo.
Se hacían nuevos intentos por llegar al lago
que brillaba al final de la calle como vidrio,
blanco como hielo.

Sabíamos que muchos cuerpos se quemaban.
y muchas quejas subían de las calles por la noche.
y de las afueras, el olor dulzón de los muertos.
Y Walker entretanto:

¡tomando baños demar en San Juan del Sur!
Adonde no llegan las detonaciones de los cañones
y aun tal vez ni nuestros mensajes.

Los días pasaban sin recibir ninguna noticia.
Y vuelvo a ver aun ahora en mis pesadillas nocturnas esos días.

Ya no se reconocían las casas que habían sido familiares
y apenas si se distinguían las calles bajo los escombros
—una imagen de la Virgen colgada sola en el muro negro.
Y el lago de color de ceniza tras los escombros.

Agua del color de los ojos de Walker
tras los escombros
que formaban siluetas irregulares por la noche.
Y recuerdo una iglesia de la que no quedaba sino el pórtico
como un arco de triunfo.
Y al reguero de pólvora en la calle del lago se le dio fuego.
Y el mensaje de Henningsen fue:
“Su orden fue obedecida señor:
Granada ha dejado de existir”.

Por fin llegó el auxilio,
con Walker en persona que se quedó en el barco,
y reconocimos en la noche los disparos desde lejos.
El agua estaba quieta y pesada como el acero
y los fogonazos de los rifles se reflejaban como relámpagos.
Y entonces fue cuando aquel coronel Jack de Kentucky,
rompió las líneas,
y cuando Dixie, el vendedor de periódicos, tocó la corneta
y en la oscuridad de la noche de colina en colina
brilló como una luminaria esa corneta
hasta llegar hasta nosotros los sitiados,
haciendo de los 350 que venían
como un ejército inmenso en perfectas formaciones avanzando
echándose a tierra todos a una
y poniéndose de pie y con los largos rifles
disparando.

Eran cerca de las 2 de la madrugada del 14
cuando todo estuvo a bordo.
Henningsen fue el último en dejar Granada.
Entró a la gran plaza desolada
y allí vio a su alrededor la obra que había hecho;

levantó un carbón
y escribió en un cuero chamuscado el epitafio:

AQUI FUE GRANADA
"HERE WAS GRANADA"

lo clavó con una lanza en mitad de la plaza,
y se fue.

Amaban a Granada com a una mujer.
Todavía asoman las lágrimas a sus ojos
cuando recuerdan la pérdida de su querida Granada
la ciudad de los Chamorros...

Donde una vez hubo amor.

¡Al fin las aguas limpias,
las limpias brisas azules de la madrugada
y fuera de Granada con sus muertos rojos y teas
y ayes y estertores y gritos y estampidos
y el olor de las casas, trapos, muebles, basuras, cadáveres que se
queman!

Hacia los dos volcanes hermanos
que se levantan de las aguas,
y a través de las aldeas cerradas
con los perros ladrando...

Y los hombres volvieron a los Estados Unidos.

Yo me quedé un tiempo en el país, viviendo en León.
Y Bill Deshon, Shipley, Dixie, Bob Gray, Bill Stocker,
y otros, llegaron a verme
y me contaron lo de la segunda expedición
y la muerte de Walker.

Que levó anclas silenciosamente una noche en el Mississippi:
Desembarcando en la costa de Honduras una tarde,

Agosto 5,

(y ya no pasará un 5 de Agosto sin que recuerden
aquella marcha hacia Trujillo con la luna menguante).
Salía el alba tras las palmeras
cuando llegaron

con el grito agudo de los centinelas
al fuerte de murallas manchadas y cañones plateados.
Y tomaron el fuerte.
Las casas eran de piedra, de un piso y con tejas rojas
sostenidas por cañas sobre grandes vigas,
y muchas iguanas grandes en las tejas.

Allí fue que a Henry,
fumando borracho junto a la pólvora,
le disparó Dolan, entrándole
la bala en la boca,
y Walker corrió a recogerlo,
y Dolan explicando lo que había pasado.
Y Walker se sentó a la cabecera de Henry,
y se hundió el sol y salió la luna
y allí él estaba todavía
y transcurrió toda la noche
y allí él estaba todavía,
humedeciéndole la cara con paños mojados,
y al amanecer salió, y relevó la guardia.
Dolan hablaba de refuerzos

pero nunca llegaron.

Y entonces llegó el ultimátum de los ingleses.
Walker entró otra vez y se sentó a la cabecera de Henry.

Henry no podía hablar y tenía una pizarra en que escribía.
Walker cogió la pizarra y escribió unas palabras
y le pasó la pizarra.
Henry se quedó pensando.
Después cogió la pizarra y escribió una palabra.
Walker miró la pizarra.
Se quedó largo tiempo pensando,

y salió.

Gusanos le habían comido la mitad de la cara.
en una mesa junto a la cama había un botella que decía
"morfina"

y un resto de limonada verde en un vaso.
Y cuando Walker salió, se incorporó,
puso unas cucharadas de la botella en el vaso,
lo revolvió un poco y lo bebió,
se acostó de nuevo,
jaló la rala colcha con cuidado,
cruzó las manos sobre el pecho
y se durmió.

Y no despertó jamás.

Era medianoche cuando llegó Dolan,
vio a Henry y se acercó,
miró la pizarra, leyó la palabra
y dijo:

"eso lo explica".

Después marcharon en fila,
con la colcha y el rifle,
en busca del campamento de Cabañas,
porque había sido la palabra de Henry:

"Cabañas".

Pasaron un bosque de naranjos.
Marcharon rápidos y en silencio toda la noche,
sin detenerse a enterrar a los muertos.
Hicieron alto en la tarde a la salida de la luna
y se montó una guardia.
Marcharon más noche.
Hicieron alto a la salida del sol
en una plantación de bananos.
Las balas brotaban de las hojas.
Les disparaban cuando se detenían a beber,
tras los bananos.
Walker fue herido levemente en una mejilla
(la primera bala que lo hería en un combate).
Y llegaron por fin al campamento de Cabañas
y vieron los fosos y las municiones pero no a Cabañas.
¡Qué largos calientes días fueron aquellos
en los pantanos pegajosos con los pesados rifles
desde el alba hasta las puestas de sol sangrientas y calientes!
Walker con fiebre más pálido que nunca.

Y perdieron la cuenta de los días.

Hasta que un día vieron venir a los ingleses por el río.
El Gen. Walker fue el último en subir a bordo.

—¡Todos los que están vivos, señor!

Cuando despertaron era de día, anclados en Trujillo,
y arriba el fuerte negro parecía una mueca.
Y pusieron a los heridos bajo toldos de lona.
A Walker lo estaban juzgando en el fuerte.
Lo vieron pasar después rodeado de guardias,
pálido como siempre,
y podían ver la cicatriz, más pálida, en su mejilla.

Llevaba un crucifijo en la mano
(porque dijo que era 'nicaragüense'
y que era 'católico').

Cuando hicieron alto
el oficial que comandaba la guardia
leyó un papel en español,
seguramente las órdenes.

Y entonces Walker, con la voz calma y serena,
sin temblor,
habló en español.

Y los filibusteros no oyeron lo que decía.
Podían ver desde donde estaban
una fosa cavada en la arena,
y a Walker junto a la fosa, que seguía hablando
calmo y sereno.

Y el hombre dijo:

"El Presidente
el Presidente de Nicaragua, es nicaragüense..."

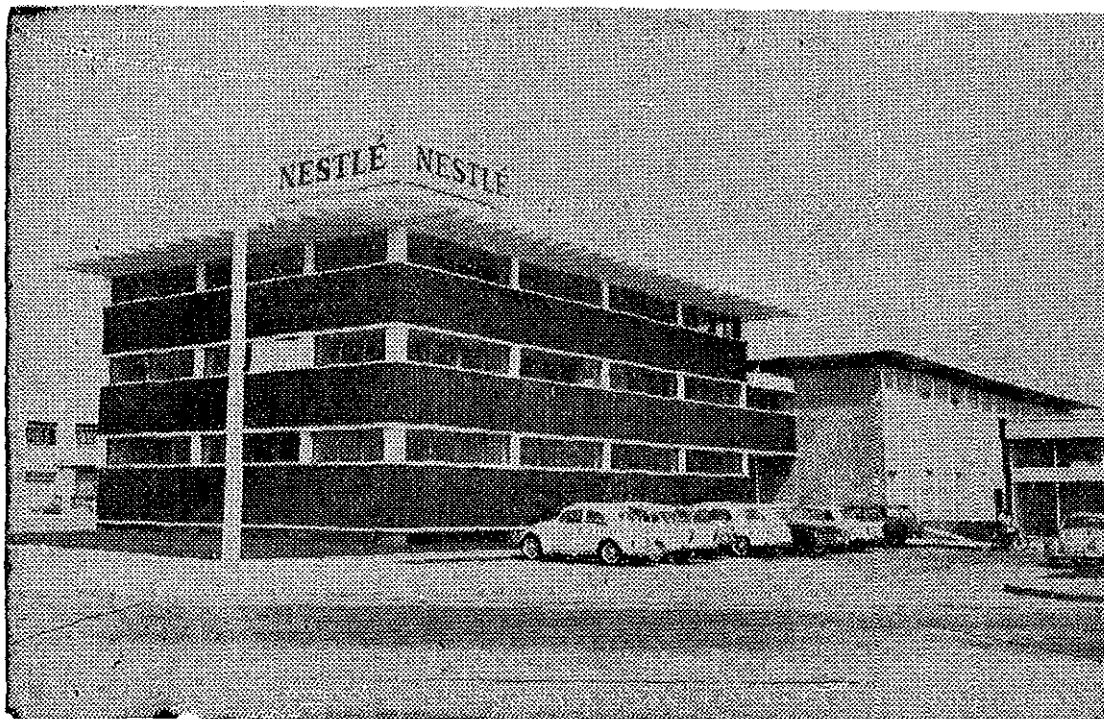
Hubo un toque de tambor
y una descarga.

Todas las balas hicieron blanco.

De noventa y uno solo doce volvieron.

Y allí quedó sin coronas ni epitafio junto al mar
William Walker de Tennessee.

ERNESTO CARDENAL.



"NESTLÉ calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé (Guatemala) S.A. Productos Nestlé (El Salvador) S.A. Productos Nestlé (Costa Rica) S.A. Nestlé Hondureña S.A. D. R. Ballatyne y Cía Managua, Nicaragua".